

PSEUDÓNIMO: ROZANSKI.

MAL MOMENTO PARA VOLVER.

Parte I. El confinamiento.

Dicen que cuando estas inmerso en el momento final, ese que al superarse te trasvasa de lo finito a lo infinito, se ve una luz a lo lejos en una suerte de túnel, y que tus recuerdos se levantan en tu memoria simultáneamente y agolpándose, configurando un instante condensado, espeso e incomprensible.

La verdad es que en mi caso había un túnel, el de la M-40. Ese que vomita vehículos noche y día bajo el Monte del Pardo. Por lo tanto también había luces. Las pertinentes de cualquier túnel que se precie de serlo. Focos de halogenuro que proyectaban una luz anaranjada, configurando una escena más parecida a la entrada al averno que al paraíso.

Tal vez fuese porque ese día mi alma no se sublimó ni trascendió, más allá del escenario en el que todo ocurrió, no hubo galería, ni luces al final de la misma, ni canticos celestiales, ni cancerbero barbudo a las puertas del Edén. Sencillamente oscuridad y vacío.

Si fuéramos conscientes de lo frágil que es nuestra realidad, sería difícil tener una actitud tan aborregada y miope frente a la vida. Sin embargo lo normal es que al despertar cada jornada, tal fragilidad no adjetive nuestro día y nos veamos inmersos en una vorágine de acontecimientos en los que, cual semidioses, debemos superar con éxito cada uno de los retos que nos aguarden, siendo los más guapos, los más ricos y los más listos de la clase.

Pues ese dichoso martes 13 de enero de 1998, yo era uno de esos borregos miopes amplificadoramente engreído, porque no nos olvidemos que la juventud lo amplifica todo, lo bueno y lo malo, y por supuesto la estupidez. Un recién titulado Arquitecto Técnico a punto de cumplir 24 años, orgulloso de haber concatenado la finalización de mis estudios con trabajo,...y menudo trabajo, ni más ni menos que realizar la lectura dibujada de La Real Biblioteca del Monasterio del Escorial.

Mientras mi compañeros de promoción se impregnaban de barro y cargaban su ADN profesional con la mala ostia general de la obra, yo me deleitaba despiezando los muebles que un Monje Agustino Polaco, el padre Rozanski, previamente y de forma

pausada había vaciado, extrayendo de su interior, códigos y tratados que a buen seguro hacia cientos de años que no habían sido manipulados y que el gestionaba con quietud pero con una eficacia pasmosa.

El eco de los pasos y el manejo de los escoplos y de las garlopas, era la banda sonora que me acompañaba mientras descifraba el puzle de maderas nobles que los ebanistas de Felipe II habían compuesto hacia más de 500 años.

Ese 13 de enero trabajamos hasta bien entrada la noche en la biblioteca, (joder era martes y trece. Cómo pudo un profesional de la superstición no reparar en semejante detalle). Unas cervezas en la cantina para limar las asperezas del roce laboral con Markus, el maestro Alemán jefe de la obra, aliñadas con unas caladas a un buen porro habían abrochado bien la jornada. El cansancio de horas de bocetado de piezas de mobiliario renacentista, y la baja presión de las ruedas de mi vehículo, completaron los ingredientes de la receta que se cocinó en el túnel de la M-40 y que confino mi pensamiento en la oscuridad y el vacío de un cuerpo y una mente inhábiles, a 36,5°C grados de temperatura.

Parte II. El despertar.

Me molesta la claridad. Lógico por otra parte. Desde 1998 el iris de mis ojos no se exponía al ejercicio de acomodarse a la intensidad de la luz del día. Estoy en mi habitación, en casa de mis padres. Todo está tal cual lo dejé. Mi bufanda del Atlético de Madrid. El tablero de dibujo y el tecnógrafo que mis padres me compraron el primer año de carrera, siguen ahí. Mis rollos de planos. Un casco de obra en la estantería. Es el que usamos en la manifestación del 97, último año de carrera y a la que como Dios manda, fui sin tener ni puta idea de lo que reclamábamos, pero la borrachera de la noche anterior fue sublime y empujó a comparecer en rebaño en el Paseo de la Castellana.

No puedo oír, ni moverme: Tampoco tengo tacto, pero veo....y me ven...Me han visto abrir los ojos y han comprendido el mensaje de que he vuelto. Así sin más, sin avisar. Sigo confinado en mi cuerpo pero mi mente ha decidido despertar. Casi sin darme cuenta alguien se abalanza sobre mi y me abraza, y me besa intensamente. No siento nada pero lo siento todo. El calor invade mi interior de forma agradable. Vengo de la fría oscuridad y me gusta esa sensación de amor. Al retirarse veo la cara de la persona que me abrazaba. Es mi madre, ahora lo entiendo todo. Echo de menos a mi padre,

no le veo. Más tarde comprenderé que se fue a buscarme unos años antes al lugar donde se suponía estaba mi alma. Le lloro y mi llanto se ahoga en mi interior

A lo largo del día la habitación en la que me encuentro se ha convertido en una especie de santuario al que han acudido en procesión entre otros, algún señor con bata blanca, alguna persona ajena a la que no logro ubicar (tal vez serán mis cuñados), y mis hermanos... Mis hermanos y los que intuyo como sus hijos, mis sobrinos. Soy tío.... Les supongo a mis supuestos dos sobrinos una edad entre los 12 y los 16 años. Ambos se asoman con curiosidad a mi mirada, curiosidad que desaparece de forma casi inmediata cuando se concentran en manipular una especie de rectángulo diabólico que pulsan de manera caótica, pero que parece cautivar sus sentidos. No sé qué es ese rectángulo pero se lo he visto a muchos de los que han entrado a venerarme, incluso alguno me ha parecido que me ha sacado una foto con ese cacharro. Yo desde luego no le he dado permiso, pero poco pude hacer para evitarlo.

Me ha llamado la atención otra cosa. Algunos de los que han entrado en mi habitación llevaban una mascarilla y no tenían aspecto de médicos. Se ve que les da miedo acercarse a un ser que lleva varado tantos años en la playa del destino, pero han decidido exponer, eso sí, tomando las debidas precauciones. El miedo no tiene límites pero la curiosidad es infinita.

Hoy es 5 de marzo de 2020. Alguien ha decidido que tocaba despertarse. Parece paradójico, pero después de 22 años de sueño, estoy cansado. Necesito dormir.

Parte III. El túnel.

Hoy es 12 de marzo. Hace 7 días que volví. Han sido días extraños. En el ambiente se respira una mezcla rara conformada a parte iguales por la ilusión de mi regreso, con la tensión que genera alguna circunstancia que parece ser protagonista en los últimos días en la sociedad, y que no he sido aún capaz de identificar.

Me han instalado lo que creo que es una televisión en la pared de enfrente a mi cama. Es fina y parece ligera. Es como el rectángulo que manipulaban mis sobrinos pero mucho más grande. ¿Cuántas cosas habrán cambiado estos años?. Estoy deseando salir ahí fuera. Quiero desenvolver el regalo del nuevo mundo que el destino me ha concedido y reaprender la vida. Cuento los minutos para hacerlo. De hecho no entiendo por qué no lo he hecho ya circulando en esa maravillosa silla de ruedas que

está estacionada en batería al lado de mi cama. En fin, paciencia seguro que pronto puedo salir.

He visto algún telediario y las imágenes que veo no me gustan. Las caras de los que hablan, sus gestos y maniobras frente a la cámara y los rótulos al pie de las imágenes me permiten detectar crispación, preocupación e incluso ira. Todos los días hay una especie de declaración desde la Moncloa, donde una colección de seres parlantes mal peinados, hablan acerca de algo que a pie de imagen titulan como la crisis del Coronavirus. Deduzco que la Republica es el nuevo modelo de gobierno.

Ayer, además de telediarios, vi al Atlético de Madrid por el rectángulo gigante y fino que identifico como televisión. Mi madre me pertrechó con mi bufanda y juntos vimos el partido. No sé que competición era pero el partido prometía emociones fuertes. Ganamos al mismísimo Liverpool en Ainfeld. Una lágrima de felicidad se descolgó desde mi ojo por la mejilla. Lloré como lo hice en la final de la Copa del 92. Aunque pasen los años hay cosas que nunca cambian. Tanto sufrimiento me trajo recuerdos imborrables de la humedad de la rivera del Manzanares, de la religión que profesamos los que veneramos la honradez y la nobleza en el campo y no una colección de trofeos de hojalata manchados por la sospecha del triunfo precontratado. En cuanto me haga con los mandos de mi silla de ruedas, el primer lugar al que iré es al Calderón.

Tras las visitas intensas de los primeros días, de repente nadie viene a verme. En cierto modo lo agradezco. Seguro que mi madre les ha advertido que no vengán por aquí todos los días a todas horas. O tal vez ya han saciado su curiosidad. Por cierto mi madre ahora también se pone una mascarilla cuando entra en mi habitación.

Está tarde he tenido fiebre y una especie de tos seca. El calentón de la prorroga en Ainfeld seguro que me pasó factura, eso y que no estoy para muchos trotes, pero seguro que pronto estaré tocando balón.

Me temo que mi catarro se lo he pegado a mi madre que ayer a mi lado viendo al atlético también tosía. Tanto beso y tanto abrazo es lo que tiene, pero que gusto después de tanto tiempo. Lo besos de una madre nunca sobran.

Me he dormido y estoy soñando. Estoy en un túnel y voy de la mano con mi madre y al fondo hay claridad. A contra luz distingo a mi padre. Mi madre y yo corremos a abrazarle. Soy feliz.